



SUJATA BHATT, nació en Ahmedabad, India, en 1956, pero se graduó en el Taller de Escritores de la Universidad de Iowa y ahora vive en Alemania. Fue escritora visitante en la Universidad de Victoria, en la Columbia Británica. En su lengua por adopción, el inglés, ha escrito *Brunizen* (premios Alice Hunt Bartlett y Commonwealth de poesía, 1988), *Monkey Shadows* (1991) *The stinking rose* (1995), la antología *Point No point* (1997), *Augatora* (2000), esta última traducida y publicada en España por Ediciones del Oriente y del Mediterráneo (2003) y *A colour for Solitude* (2002).



CLARA JANÉS nació en Barcelona y ha escrito más de veinte libros de poesía, entre ellos *Kampa, Vivir* (Premio Ciudad de Barcelona 1983), *Rosas de fuego* (1996), *Arcángel de sombra* (Premio Ciudad de Melilla 1998), *Los secretos del bosque* (Premio Jaime Gil de Biedma 2002), *Paralajes* (2002), *Los números oscuros* (2006) y *La indetenible quietud* (en colaboración con el escultor Eduardo Chillida). Es también novelista y ensayista (*La palabra y el secreto*). Ha recogido sus memorias en *Jardín y laberinto* y *La voz de Ofelia*. Fue galardonada con la Medalla de Oro del Mérito en las Bellas Artes (2005), y el Premio Nacional de Traducción (1997).

SUJATA BHATT: LOS COLORES DEL ENCUENTRO

CLARA JANÉS NADAL

RESUMEN

Invitada al Festival de Poesía de Bremen, movida por la alegría de ir a Alemania cuando el último poeta amado era un alemán, Johannes Bobrowski, confesé este hecho en público. Se me acercó entonces Sujata Bahtt, poetisa india que también admira a este poeta, e iniciamos un hermoso intercambio. Al día siguiente me regaló sus libros, donde se trasluce el contraste entre las culturas oriental y occidental. En Bremen escribí yo un largo poema-crónica con trasfondos y citas múltiples. Luego traduje uno de los libros de Sujata y lo presentamos en Cartagena. Meses después nos encontramos en Delhi. Finalmente nos volvimos a reunir en Bremen, de nuevo en el Festival. Una sesión para las dos solas en el Museo Paula Modersohn-Becker, donde ella presentó un nuevo libro puesto en boca de esa pintora amiga de Rilke, yo el poema-crónica donde hablo de poesía, de la ciudad y cito a Rilke.

⇒ PALABRAS CLAVE: Bobrowski, Nachiketas, poema, pregunta, vida, muerte, encuentro.

Plantada estaba en mí como un árbol la palabra «árbol», en alemán *Baum*; árbol del lenguaje, «árbol más allá del silencio», como escribió Bobrowski... Y fue el nombre de este poeta el que desencadenó el diálogo con Sujata Bhatt. Primer encuentro. Bremen 2001. Segundo Festival Internacional de Poesía. En la oscuridad iluminada del escenario yo había pronunciado el nombre y, al salir, se me acercó con su ondulado pelo negro y sus grandes ojos inquietantes. Al día siguiente me dio sus libros y me habló de Nachiketas, un personaje de la *Katha Upanishad* que forma parte ya del mito, al que el dios de la muerte, Yama, concedió tres deseos, el último de los cuales fue conocer cuál era el sentido de la vida y del «viaje al

más allá»... No pensé entonces, con el asombro de que hubiera sido ella, y no un poeta alemán, quien se acercara la víspera a mí, que también buscaba respuesta a la pregunta de Nachiketas, ni que al escribir poesía buscamos seguramente esto.

Después, al leer sus poemas, vi que en ellos aparecía también el nombre de Bobrowski, y vi las distintas atmósferas donde se desarrollaban sus versos, y que la búsqueda, que traslucían nítidos los ojos de Sujata, abarcaba no sólo los espacios, sino los tiempos. Nacida en Ahmadabad, India, en 1956, estudió en Estados Unidos, en la Universidad de Iowa, luego vivió en Canadá, y, finalmente, se casó con un poeta alemán y vivía en Bremen. Escribía en inglés. Pero ¿cuál había sido su lengua primera, el gujarati, el marathi, el hindi? ¿Y sus estratos literarios anteriores? ¿Los *Veda*, las *Upanishad*, el *Ramayana*, el *Kuruntokai*? Lo que se percibía con claridad era que pronto se asentaron en su mente, T. S. Eliot, Ezra Pound, Rilke, y sí, Bobrowski. Pero ella no sólo estaba abierta a los poetas, sino a los idiomas, sobre todo a los desaparecidos, como el latín... Todas aquellas lenguas que caen –escribe– «en el agujero del viento», a las que se acercaba y valoraba de un modo distinto, en sus vocales y sus consonantes, y que le llevaban por ejemplo a decir: «Me gustaría desaparecer / en las vocales».

El viento, el aire, se relaciona con la culminación para los hindúes, abre un espacio a las cosas para que se eleven hasta su fin: el sol. El aire, además, es núcleo del aliento, de la voz. Y ahora la de Sujata se encarna en el inglés, placidamente. Sujata es una quietud, pero una quietud que no cesa en la pregunta que ocupa sus ojos y procede del cruce de dos mundos, y puede concretarse así: ¿qué es más real, ese baño en el agua del Ganges que se lleva a cabo desde hace miles de años y actualmente, al hindú evolucionado, le des-

pierta la conciencia de que tras él no ha quedado más limpio, dejarse morder por una serpiente –no venenosa– para poder cazarla, la madre propia poniéndose meticulosamente el sari, con todos sus pliegues, uno por uno, o ese globo que rapta sin piedad a unos congresistas? ¿O son esos mares con barcos naufragados de los que hablan los periódicos...?

Traduje uno de los primeros libros que me dio, *Augatora*, palabra que remite a ojo, agujero, apertura, puerta, y que procede del noruego antiguo y comporta todo ese interrogar de Sujata. Lo presentamos en Cartagena, en el Festival Mar de Músicas –dedicado aquel año, 2003, a la India–: segundo encuentro. Piedras romanas, puerto moderno, mar y olor a sal y a yodo, conciertos bajo las estrellas; una flauta india de bambú, el *bansuri*, tocada por Hariprasad Chaurasia, serpenteando por el ámbito solemne de la catedral antigua; y en el castillo, el dinamismo, la voz, la percusión y estallante fuerza de Trilok Gurtu. Paseamos en calma por las callejuelas, nos comemos un helado en una terraza. Sujata conoce bien España, pasa temporadas en la casa que tienen sus suegros en Andalucía. La sorpresa es otra, es el libro, tan bellamente editado; son las entrevistas, la lectura de poemas para los alumnos del curso de verano, los estudios de la radio... Y mi pregunta insistente por uno de sus poemas, ese en que Jane habla con Tarzán, que creo la representa enteramente y expresa la doble cara de la condición femenina, la ingenuidad y el salvajismo, por un lado, y la entrega amorosa, por otro. «Con tu modo de hablar / me has sometido [...] has modificado mi modo de mirar a los árboles», dice Jane... Y algo más: «las palabras que conozco / ya no me sirven»...

Cada vez –y sobre todo en poesía– la palabra ha de «estar» nueva. Esa renovación perpetua anida en la palabra y también en

la mirada de Sujata, y da un salto en los versos del siguiente libro que me envía, *A colour for solitude* (Un color para la soledad). Los colores de Sujata abarcan ya todo el arco iris, su ahora es espacialmente esa hermosa ciudad, Bremen, abrazada por un río, con calles con elementos muy concretos referidos a la literatura, algunas de las cuales nos asaltan. Si no hallamos escrita ninguna memorialia de que fue allí donde Paul Celan, al recibir el premio otorgado por la ciudad, dijo, siguiendo a Mandelstam, que la poesía es una botella de mensaje, sí encontramos un edificio con una placa que nos informa de que se inauguró con una obra teatral de Rilke, y otro, que se define como Museo Paula Modersohn-Becker...

Sujata no sólo ha paseado por estas calles, sino que ha entrado en el museo y se ha familiarizado tanto con los cuadros de la pintora amiga de Rilke que ha sufrido metamorfosis en su escritura. Ya no surgen serpientes ni saris ni baños rituales en el nuevo libro, quien habla por sus versos es la misma Paula Modersohn-Becker que descubre el secreto de los colores, o el humor de su amigo, en el momento en que le hacía uno u otro retrato. Unos versos intensísimos, profundos, atrevidos en su planteamiento. Yo, en la visita a Bremen del año 2001, escribí un extenso poema con un atrevimiento distinto: el de narrar, el de hacer precisamente la crónica del festival, y en él no sólo hablaba de los poetas, sino de la ciudad, del río, de la sorpresa de hallar de pronto ese museo, y del encuentro con Sujata. Lo titulé, desde luego, *Árbol más allá del silencio*. Pero la osadía de Sujata era distinta: se adentraba en un ahora de otro tiempo y lugar. La fuerza de la enorme naturalidad de *Augatora* seguía creciendo. Se trataba de sensibilidad, de inteligencia, y de «entidad»: de firmeza del propio ser.

Tercer encuentro. Inesperadamente, la embajada española en Delhi me invita a un coloquio con poetisas del país y me pide que, a mí vez, proponga, para participar en él, a una española y a una hindú. Así viaja Sujata, de mi mano, a su propia tierra. Y estamos, de pronto, en Agra visitando el Taj Majal, ese monumento edificado por el emperador Shajahán, a modo de tumba para su esposa Mumtaz, moviéndonos entre los centenares de turistas autóctonos que boquiabiertos contemplan la hermosa arquitectura de mármol blanco que destella con los rayos del sol, tras la inmensa dimensión de los jardines que la preceden. Vemos los juegos decorativos hechos con mármoles de sobrios colores, la talla que convierte en encaje a la piedra, las tumbas, el río Yamuna, que discurre detrás del edificio, los anexos, tan perfectos. Los ojos de Sujata siguen interrogando e interrogan también cuando visitamos la Fortaleza Roja –construida por el mismo emperador–, tras recorrer la larga avenida que lleva al recinto y luego seguimos sala tras sala, absortas ante las celosías que tan bellamente tamizan la luz. Aquí casi no hay turistas, y nosotras avanzamos en una admiración silenciosa.

Luego, en Delhi, me toca dar la conferencia inaugural. Con sólo entrar en la sala, salta a la vista una diferencia entre las que venimos de Europa y las poetisas del país: la seda. Savita Sing, Mandira Ghosh, Meena R. Shankar, Vibha Maurya, Shormishtha Panja visten bellísimos saris de seda y van enojadas y peinadas y, con todo, se percibe de inmediato que se trata de mujeres en lucha, en una sociedad que conserva las tradiciones; se percibe también un recelo respecto a Sujata. Conocen sus libros, distintos, donde se ignora el aspecto combativo que aflora en los suyos. Pienso en un poema indio muy antiguo, del *Kuruntokai*:

[...] en la plaza
un tigre negro de ojos rojos
mata a un toro, separado
de su asustada vaca negra,
y ruge;
así que éste no es tiempo para secretos.

Me digo que Sujata está más cerca de este poema que Savita o Mandira. Su energía india interior no ha sido dañada por esa lucha. Ella se ha incorporado naturalmente a cambios por los cambios de espacio vital. La sesión avanza. Como sus atuendos, los poemas de estas indias son destellantes, deslumbrantes, gran riqueza de imágenes, arco perfecto, pero uno siente la finalidad que los ha movido y los acepta con precaución.

Sujata ha quedado para el final. Con voz pausada va exponiendo su último libro, transmitiendo el fondo de esos versos en los que ella –o la voz poética– entra en el pellejo de Paula Modersohn-Becker, y cuando la escuchamos, captamos de qué modo sutil, en la percepción de la actitud de la artista cara a las cosas y al hombre, que es Rilke, hay también una soterrada protesta contra la sociedad, una protesta natural y que nos incumbe a toda la humanidad. Así, la voz de Sujata va sometiendo las hostilidades y, al llegar al final, alguien le expresa su agradecimiento por su presencia y sus poemas.

Estos mismos poemas los leerá precisamente en el Museo Paula Modersohn-Becker en el siguiente festival de Bremen. Y volvemos al punto de partida, pues con ella –toda una sesión para las dos solas– leeré también yo allí mismo *Árbol más allá del silencio*. Rodeadas de los cuadros de la pintora, en un amplísimo espacio lleno de luz, oigo mis versos hermosamente traducidos al alemán y

observo la sorpresa en los ojos de los oyentes asaltados de pronto por citas de Rilke. Luego, aún más, al escuchar de Sujata la voz misma de los cuadros presentes.

¿A dónde pertenece Sujata? ¿Y por qué plantear esta pregunta? La poesía, o mejor dicho la capacidad de poesía, está en ella, igual que en mí, como parte de un silencio que dilata espacio y tiempo y permite avanzar por sutiles rendijas hasta la entraña –o el espíritu– de la materia. Ahora Sujata penetra en un alma y un mundo desaparecidos. Lee:

TÚ ERES LA ROSA

Busto de Rilke, de Clara Westhoff
Clara Westhoff a Rainer Maria Rilke

En la terraza
del Schloß Friedelhausen
sentado, con la cabeza gacha
leyendo como si fuera una oración –
tu suave cuello
tan expuesto–
vulnerable, frágil – el tallo inclinado de una flor
a punto de quebrarse

Y entonces lo supe:
Eres tú—
Tú eres la rosa.
Y toda la vida
buscarás
el perfecto jardinero.

Estabas sentado con la cabeza gacha,
inclinada hacia delante, encorvándose, extraña-
Tu rostro vertiéndose en el libro–

¿Se hallaba tu mente
llena de oraciones–
de bendiciones que aguardaban
ser pronunciadas?

La condesa Luise von Schwerin estaba demasiado enferma
para posar para mí.– qué podía hacer yo
sino modelarte – Allí, en la terraza
estabas tan lejos de mí–
ya no me conocías
de modo que yo podía verte
tal como eres–

Después arreglé y retoqué
la posición de tu cabeza,
la vulnerabilidad de tu cuello–

Y al final
te coloqué en mi podio
con *tu* gesto:
tu modo de colocar
y volver a sustituir una sola rosa
en tu esbelto jarro de plata–

Contención, sin duda, aunque el medio en que el avance hacia las entrañas se produce, y por el que se regresa, es la emoción, es decir, es el mismo medio por el que fluye el descubrimiento. También fue sutil nuestro modo de conocernos. Nuestros pasos materiales futuros, ¿por qué caminos nos llevarán? ¿Volveremos a coincidir en Berlín, en Bombay? Pero, de hecho, cotidianamente nos encontramos, sea en los versos, sea en el pensamiento, en la eterna pregunta de Nachiketas.

BIBLIOGRAFÍA

- BHATT, S., *Augatora*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Guadarrama, 2003.
- , *A Colour for Solitude*, Carcanet, Manchester, 2002.
- Kuruntokai*, ed. M. Shanmugam Pillai y David E. Ludden, Koodal Publishers, Madurai, 1976.